

# VULNERABLES

Marta Alvarez Carasa



*Vulnerables*

## Capítulo 1

Cerré la puerta sin pestillo. Daba igual. Estábamos solos. Cogí su abrigo y su bolso y los llevé al perchero. Ella miraba la casa con gran interés como queriendo recordar cada cosa que rozase sus ojos. Cualquier forma, color, mueble...parecía absolverlos, como si al hacerlo pudiera descubrir también algo nuevo de mi. Al verla, de reojo, no pude evitar sonreír. La que se suponía que tenía que estar nerviosa era ella; sin embargo, yo casi no sabía ni que hacer. Menos mal que me salvó del pánico, como solo ella sabía, girando la cabeza y elevándola ligeramente para encontrarse con mi boca. Un beso que salió sin que yo mismo pudiera controlarlo. Era como un imán.

Traté de refrenarme. Con solo mirarme hacía que todo mi cuerpo se estremeciera; solo quería agarrarla, tocarla, palparla, besarla...comerla, sentirla...que me sintiese. Ese beso dio paso a otro y éste a una cadena sin fin de besos y sonrisas, de lenguas y mordiscos. Tuve que parar. Tuve que parar para no dejarme llevar. No sabía muy bien que esperaba ella de aquello, de su primera vez, de que fuera conmigo. Cuanto más lo pensaba...más me aterrorizaba. ¿Y si no era capaz de cuidarla como debía? ¿Y si no podía hacerle sentir cómoda y a gusto?

Como leyéndome la mente, aferró mi barbilla entre sus manos y volvió a besarme mientras con sus uñas comenzaba a arañar mi espalda; no pude resistirlo y la apreté contra mi cuerpo; cualquier distancia entre nosotros era motivo de locura para mí; necesitaba tenerla cerca. Ya era demasiado tarde como para renunciar a ella. Fin de la batalla. Mejor era rendirse. Como respuesta a mi movimiento ella arqueó ligeramente la espalda para poder sentir el bulto que ya aparecía en mis pantalones. Ahora mis besos morían en su cuello, donde el suave olor a su colonia de vainilla volvía locos mis sentidos. Yo sentía su respiración, cada vez más irregular en mis oídos mientras con sus manos seguía recorriendo mi espalda. Con su lengua, humedecía mi cuello mientras su aliento, que escapaba tras risas mudas, hacía que un calor incurable se extendiese por todo mi cuerpo. Ella ponía las reglas, ya se lo había dejado claro; yo quería estar con ella y que fuese ella quien decidiese que hacer y hasta donde llegar. Aún seguíamos en el recibidor. Cogí su cara y la miré. "*Tu mandas...hasta donde tú quieras*". Me sonrió. No solo con su boca. Sus ojos mostraron una calidez y agradecimiento que jamás hubiera pensado poder reconocer. Y después asentimiento. Permiso. Con cuidado solté los botones de mi camisa y volví a besarla. Bebí de ella. Y ella de mí. Cogió mis manos y las puso en sus caderas. Al bajar la vista vi que donde antes estaban sus vaqueros, ahora sus muslos, tostados por el sol del verano esperaban ansiosos mis caricias. Y sin dejar de mirarme, me quitó los pantalones mientras masajeaba por dentro del calzoncillo. Puse los ojos en blanco. Aquello era simplemente más de lo que podría soportar y me rendí. La tumbé en el suelo y comencé a besarla por todo el cuerpo, volviéndome loco cuando dejó sus pechos al descubierto. Me

quede inmóvil, tanta perfección no era posible. Y más aún imposible era que alguien como ella quisiese entregarse a mí. Arqueó su espalda y con la mayor delicadeza que pude, comencé a besarla y acariciarla. Ella gemía y resoplaba con cada uno de mis movimientos mientras jugaba con mi pelo. Yo bebía de ella, me alimentaba de su olor, de sus movimientos, de su sudor. Volví a mirarla. Ella me miró y asintió.

Al entrar en ella agarró mi espalda con tanta fuerza que temí aplastarla bajo mi peso. Asustado vi como con los primeros movimientos su cara reflejaba dolor. Asustado paré. Si aquel era el precio, no estaba dispuesto a pagarlo. Al darse cuenta de mi reacción se escabulló de mis brazos y me tumbó contra el suelo, poniéndome a mí debajo. Subió sobre mí y noté como ella buscaba sentirme dentro otra vez. Comenzó a moverse rítmicamente; ella marcando el ritmo, yo sufriendo con cada rictus de dolor que aparecía en su cara. Hasta que de pronto, ésta solo reflejó placer. Me agarró el cuello y con fuerza tiró de mí hacia arriba. Quedamos sentados uno encima del otro. Agitándonos y moviéndonos; jadeando y sudando.

Verla así me volvía loco; más de lo que ya estaba desde que la conocí. Pero era una locura que sabía a hogar. Estar entre sus brazos era como estar protegido de cualquier mal que pudiese aparecer. Ella era refugio. Ella era calma. Ella era tempestad. La noté temblar. Supe que se iba y yo me fui con ella. Juntos. Seguimos abrazados, jadeantes, en un abrazo que soñé que durara para siempre.